

DELEUZE. EMPIRISMO TRASCENDENTAL
VIOLENCIA QUE FUERZA AL PENSAMIENTO

«Hay algo en el mundo que fuerza a pensar. Ese algo es el objeto de un *encuentro* fundamental, y no de un reconocimiento. Lo que se encuentra puede ser Sócrates, el templo o el demonio. Puede ser captado bajo tonalidades afectivas diversas: admiración, amor, odio, dolor. Pero su primera característica, bajo cualquier tonalidad, consiste en que solo puede ser sentido. En esto se opone al reconocimiento. Pues en el reconocimiento, lo sensible no es de ningún modo lo que solo puede ser sentido (...) No es un ser sensible, sino el ser *de lo* sensible. No es lo dado, sino aquello por lo que lo dado es dado. Por ello, en cierto modo, es lo insensible. (...) Lo que solo puede ser sentido (el *sentiendum* o el ser de lo sensible) conmueve al alma, la deja “perpleja” [de ahí que Deleuze llame a la Idea también “Perplejo”], es decir, la fuerza a plantearse un problema. (...) He aquí que la sensibilidad, forzada por el encuentro a sentir el *sentiendum*, fuerza a su vez a la memoria a recordar lo memorándum, lo que sólo puede ser recordado. Finalmente, como tercera característica, la memoria trascendental fuerza a su vez al pensamiento a captar lo que solo puede ser captado, lo *cogitandum* (...) Del *sentiendum* al *cogitandum* se ha desarrollado la violencia de lo que fuerza a pensar» (*Diferencia y repetición*, pp. 215-218)

«Cuando el genio de la Idea no está allí, surgen de esto las mayores monotonías, las mayores debilidades de un nuevo sentido común; por el contrario, cuando la Idea surge violenta, aparecen las más poderosas “repeticiones”, las más prodigiosas invenciones en el paratendido. (...) De allí la revelación del Ser como correlativo a la pregunta, que no se deja reducir a lo preguntado ni al que pregunta, sino que los une en la articulación de su propia Diferencia (...) como Ulises, y la respuesta “Nadie”, tercera potencia que es la de la Odisea filosófica (...) Las preguntas se desarrollan en problemas en una Idea; (...) los problemas se envuelven en preguntas en el pensamiento. (...) Las preguntas son imperativos, o más bien, *las preguntas expresan la relación de los problemas con los imperativos de los que proceden*. (...) “Soy yo el que hace las preguntas”, pero en verdad, ya es el yo disuelto de lo preguntado el que habla a través de su verdugo. (...) Por ello, los problemas son inseparables de un poder de decisión, de un *fiat* que hace de nosotros, cuando nos atraviesa, seres semividuos. (...) Ese poder decisorio en el seno de los problemas, esa creación, ese arrojamiento que nos hace de la raza de los dioses, no nos pertenece. Los mismos dioses están sometidos a la Ananké, es decir, al cielo-azar» (*Diferencia y repetición*, pp. 295-331)